

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 6 NOVIEMBRE 1897. NÚM. 45

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos.
La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN.
Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

¡CALMA, CALMA!...

Recibo á menudo cartas excitándome á que diga lo que pienso acerca de la conducta del Directorio de la fusión republicana.

Dispénsenme los que me escriben el que no los complazca; he resuelto callar mientras no interese á la fusión el que yo hable. Además, quiero que se convenzan algunos infelices de que no eran mis ataques los que impedían á los hombres importantes entenderse.

Mi opinión la dejé sentada al día siguiente de terminar la Asamblea: el Directorio nombrado ahuyenta toda idea de concordia; de verdadera y fructífera concordia, se entiende.

Sigo pensando lo mismo, pero conste que me alegraría equivocarme. Es empalagoso para los demás y poco halagueño para uno propio el convertirse en profeta de desdichas. ¡Y yo lo he sido durante tantos años!

Eso sí, el día que hable, hablaré como siempre, con claridad, y sin temor alguno, por aquello de que nada teme perder quien nada tiene. ¡Y desgraciadamente tenemos tan poco, aun creyendo que tenemos fusión!

Mientras el caso de hablar llega (repito que me alegraría que no llegase) seguiré dedicado á combatir al carlismo, labor más práctica y desinteresada que la de preparar el cuerpo electoral á discurso limpio; porque, para vergüenza de liberales y republicanos, tenemos que preocuparnos hoy de una cuestión que nuestros padres nos dieron resuelta el 40 y nuestros hermanos el 76: la libertad.

Y digo esto por contestar á los que me interrogan, no por anunciar que volveré pronto á las andadas. Esto no depende de mí; depende de la conducta que el Directorio siga.

JOSÉ NAKENS

LOS CARLISTAS Y EL EJERCITO

En una carta de Pamplona que publica *El Correo*, leemos que el periódico carlista de aquella población afirma desenfadadamente que concurren á los casinos carlistas de Estella y Pamplona multitud de jefes y oficiales del ejército.

Y discurriendo sobre asunto de tamaña gravedad, escribe lo siguiente el corresponsal de *El Correo*:

«Es evidente que los carlistas hacen esfuerzos verdaderos para conquistar simpatías en el ejército. Hace tiempo, entre otras varias instrucciones encaminadas al mismo fin, ordenó don Carlos que se halagara al general Weyler, y no sabemos si también ciertas Asociaciones fundadas entre el ejército con carácter religioso y con muy buena fe por parte de sus congregados, podrán servir en su día de medio para predisponer los espíritus de algunos, pues nos enseña la historia el abuso que de ciertos medios se

ha hecho siempre en contra de las libertades políticas.

Hay que tirar con muchísima prudencia la línea divisoria entre el derecho del soldado á que no se coarte el espíritu de religiosidad, tan conveniente en todas las clases sociales, y el peligro grandísimo que ofrecería al interés de la patria y de las instituciones, el que tomara entre el ejército carta de naturaleza la doctrina de la incompatibilidad de la conciencia católica con el principio de libertad en que se apoya nuestro régimen.»

Por comentario á todo eso, allá va lo que dije de Weyler en 17 de Octubre de 1896, cuando algunos republicanos fundaban en él ciertas esperanzas:

«Estoy escamado con ese general desde que leí esta carta, dirigida á un redactor del periódico integrista *La Verdad*:

«Mi estimado é íntimo amigo: Tomo al tiempo medidas algo largas para asegurar que, en el día de su santo patrono, no le falte mi más afectuosa felicitación entre las muchas que recibirá.

»A ello me obliga, no tan sólo la buena amistad que en buena hora contraí con usted á los pies del Sagrado Corazón de Puig Agut, si que también por el reconocimiento que en mi persona le debe la patria agradecida por sus fogosos y discretísimos artículos acá reproducidos, y que á mi vuelta le serán dignamente recompensados al dar con usted y sus amigos gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo de nuestras armas; éste su afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

VALERIANO WEYLER.

»Habana 31 de Julio de 1896.»

El que crea ó deje de creer en el Sagrado Corazón, allá él, por más que de estos militares salieron siempre los partidarios del carlismo.

Pero que á la vuelta de Cuba *de las gracias al Dios de los Ejércitos, con un integrista y sus amigos*, (carlistas disfrazados), esto, francamente, no es para inspirar gran confianza á los que amamos la libertad ante todo y sobre todo.

Y conste mi opinión, por si algún día conviene recordarla, en contra de la de los correligionarios que abrigan hoy ciertas ilusiones graduadas de esperanzas.»

Hoy repito lo mismo y con más convicción que entonces.

Los carlistas creen contar con Weyler. Sin ir más lejos, el miércoles decía el periódico oficial del carlismo en Madrid, en la sección que titula «Ecos del destierro», y como impresión del palacio de Loredán:

«El general Weyler tiene el privilegio de hacer latir todos los corazones españoles, precisamente porque el odio con que le distinguen los enemigos de la patria le señala á las simpatías de los carlistas.»

Y basta por hoy de Weyler.

Respecto á esos militares con vistas al carlismo ¿qué decir? Que recuerden cómo salieron de manos del carlismo Zumalacarreui, Elío, Maroto, Urbiztondo y casi todos los de la primera guerra; y Dorregaray, Lizarraga, Mendiri, Boet y otros en la segunda; y además no olviden la manera que tenían de tratar al ejército los carlistas, según pueden ver en otro lugar de este número.

Tampoco holgaría que se fijasen en el siguiente artículo, para convencerse de que en modo alguno, y sean cuales fueren sus ideas, puede un militar digno confundirse con la canalla que tales actos realizaba.

HECHO HORRIBLE

Voy á narrar uno de los carlistas.

No el de aquel niño que mataron á trabucazos en

el Puig porque al darle el alto entre palabras mal sonantes, dejó correr el caballo que montaba...

Ni el de aquel infeliz vecino de San Celoni á quien se entretuvieron en arrancarle los ojos antes de fusilarlo...

Ni el de aquellos tres jóvenes, casi tres niños de Taradell, á quienes asesinaron delante de sus familias porque se negaban á seguirlos...

Ni el de aquel guarnicionero asesinado, á la par que un hijo suyo, en Igualada...

Ni el de aquellos dos niños de unos cuatro años, de Igualada también, que estaban acurrucados en un portal llorando porque su padre había empuñado el fusil dejándolos solos, y á los que estrellaron contra un balcón de la casa de enfrente...

Ni el de aquellas mujeres de los voluntarios asesinadas en la misma población, y aquellos niños de teta pasados á cuchillo en los pechos mismos de sus madres...

Ni el de aquel peón caminero que conducía una de las facciones vizcainas dentro de un jergón, parándose de trecho en trecho para abofetearle y pincharle...

Ni el de aquel infeliz á quien en Figaró agasajaron y le dieron de comer en abundancia para tener el gusto de gozarse en su sorpresa al decirle que iba á ser fusilado, como lo fué...

Ni el de aquel jefe de la estación de Malgrat, á quien delante de su esposa y de sus hijos, que de rodillas imploraban por él, fué asesinado, llevando después el escarnio hasta conducir su cadáver á la cárcel y encerrarlo allí...

Ni el de tantos y tantos crímenes como se registraron en las páginas sangrientas de la historia del carlismo...

No, ninguno de estos es.

El hecho que voy á narrar es más cruel, es más horrible, es más inhumano, porque no es la muerte, es algo peor; es la vergüenza, es la deshonra, es la angustia, es la agonía prolongada...

El hecho es este, referido por *El Diario de San Sebastián* en 1.º de Agosto de 1874:

«Tres desgraciadas mujeres, esposas dos de ellas de migueletes de la provincia de Guipúzcoa, y madre la otra de tres individuos del mismo instituto, sufrieron un martirio horrendo por las calles de Tolosa.

Habían sido presas por el único delito de ser madre y esposas, y se iba á hacer con ellas un escarmiento, paseándolas por la población; la noticia, circulando de boca en boca, atraía un gentío inmenso hacia el sitio de donde había de salir la procesión inquisitorial.

Salió por fin. Unos cuarenta carlistas sin armas, pobre y suciamente uniformados, rompían la marcha, precedidos de una turba de niños. Tras de ellos marchaban las tres infelices, en un estado que daba horror y congoja verlas. Desnudas desde la cintura para arriba, cortado el cabello y afeitada la cabeza, las habían untado de miel, cubriéndolas por completo de plumas. Tres monstruos parecían, no tres seres humanos.

Montadas en burros, y con una pandereta en la mano que para mayor escarnio las obligaban á tocar, marchaban entre bayonetas en medio de aquella procesion, recibiendo los insultos de una muchedumbre estúpida y fanatizada, que se agolpaba por las calles á su paso, engrosando después la comitiva.

A su lado marchaba el pregonero encargado de leer de trecho en trecho la condena infamatoria, y detrás el tamboril entonando un aire provocativo é insultante.

Aquella muchedumbre reía al presenciar el espectáculo, y no contentos todavía los más audaces ó los más depravados, dirigían á su paso á las víctimas chanzas sangrientas que aumentaban la mofa y el escarnio.

Así recorrieron las calles principales de la población.

Por fin llegaron á la plaza pública, en donde las víctimas expiatorias creían terminado aquel martirio mil veces más cruel que la muerte; y aquellas masas enfurecidas, al comprender que se les escapaban con vida y deseosas de alargar su diversión, prorrumpan en bárbaros gritos:

—¡*Paluac oraiñ, paluac!* (¡Apalearlás, apalearlás ahora!)

—¡*Paluac oraiñ ta guero lao tiro!* (¡Apalearlás ahora y después fusilarlas!)

No caben aquí comentarios. Lo único que cabe es ceder al deseo que se siente de coger un fusil, salir á la calle, preguntar á todo el que se encuentre ¿es usted carlista?, descerrajarle un tiro, y volverse á casa con la satisfacción que debe sentir el cazador que mata una fiera.

Y si hay algún liberal que le parezca mal lo que digo, que piense en que una mujer de aquellas pudo ser su esposa, pudo ser su hija, pudo ser su madre.

DON BUSCARRUIDOS

Como digimos en el número anterior, don Carlos ha consentido que su hija Elvira le ponga pleito para sacarle la parte de herencia que le retiene de su madre.

Siempre el mismo, buscando ruidos que lleven su nombre de un punto á otro; amando el escándalo con tal que le sirva para dar fe de su existencia.

Cualquier hombre decente á quien se le extravía una hija, procura que se entere el menor número; si puede, hasta apela á la mentira para dar á su desaparición disculpa plausible. El, como no lo es, agarra la ocasión por los cabellos para exhibirse y alardear de un dolor que no siente.

Pero voy á ser generoso: voy á suponer que en los primeros momentos, terribles para un padre, fué verdadero su dolor, que su indignación se sobrepuso á todo, y sin conciencia de lo que hacía, hizo lo que hizo: maldecir á su hija, darla por muerta.

Y voy á suponer más: que su dolor persistió, su indignación fué en aumento, y hoy se encuentra bajo la misma influencia moral que al dictar su carta.

¿Es esta razón para discutir la entrega de intereses, para negar á su hija lo que le corresponde?

En modo alguno. Ya que no le entregó lo suyo desde luego, quitándole así hasta ese pretexto para dirigirse á él, desde el momento que ella reclamó, sin vacilaciones, en aquella misma hora debió entregarle lo que reclamaba; no sólo por cortar en sus comienzos el nuevo escándalo, si no por demostrarle hasta dónde llegaba su indiferencia, hasta qué punto era verdad que la consideraba muerta.

Pero negarse á entregar lo reclamado, celebrar conferencias para un arreglo, discutir una cuestión de ochavos, las más fáciles y cómodas de resolver, (cuando se tienen); demostrar que hay algo sobre la ofensa y es la codicia; renovar la llaga, golpear en la herida...

Nada de esto se comprendería, si hubiese herida, llaga, si doliese la ofensa. Pero como no hay nada de eso, si no deseos de exhibición, afán de dinero, de aquí que ese padre aparezca hoy más repugnante que cuando maldecía, y que le haya quitado á su carta lo que algunos inocentes creyeron ver: el arrebató del dolor paternal llevado hasta el delirio.

Hoy quizá no falte quien crea, dados los antecedentes del caballero y lo que afirma su hija de que halagó sus relaciones con Folchi, que acaso lo haría para que las cosas llegaran al extremo que han llegado, y tomar ese pretexto para quedarse con la herencia.

Que á estos juicios da lugar el hombre que, como don Carlos, jamás reparó en medios para conseguir sus fines.

PORNOGRAFIAS

(ESCENA CONYUGAL)

(La señora está ocupada en su trabajo de aguja. El marido entra bruscamente en la estancia, dando señales inequívocas de violento enojo.)

Ella.—¡Jesús, me has asustado! ¿Qué te pasa que pareces fuera de ti?

El.—(sofocado por la cólera) ¡Nada! ¡Una friolera!

Ella.—¿Pero qué es ello, hombre?

El.—(poniendo el libro ante los ojos de su mujer) Toma; lee.

Ella.—(sorprendida) Y esto ¿qué es?

El.—Un libro que acabo de arrancar ahora mismo de manos de nuestra angelical Angelina.

Ella.—Bueno ¿y qué tiene ese libro para que te pongas así?

El.—¿Qué tiene? Mira, aquí se habla de maternidad, de virginidad, de castidad, de fornicación...

Ella.—(leyendo) Es verdad ¡qué horror!

El.—No es eso sólo (volviendo febrilmente las páginas) Aquí se trata del uso del matrimonio. Ni más ni menos.

Ella.—¿Qué escándalo!

El.—Y partos y más partos y sobrepartos. ¡Si esto parece un tratado de Obstetricia!

Ella.—Si no lo viera no lo creería.

El.—¡Y para eso se desvive uno años y años por conservar á sus hijas la santa virginidad del pensamiento!

Ella.—¡Y para eso decimos á nuestra Angelina que los niños vienen hechos y facturados de París!

El.—Tú tienes la culpa.

Ella.—¿Yo?

El.—¡A ver! ¿A quién sino á la madre corresponde velar por la inocencia de su hija? ¿Puedo yo ocuparme en esas cosas? ¿Puedo yo estar en todo?

Ella.—Pues mira, hijo, te aseguro que yo por mi parte hago cuanto puedo. La niña no se separa de mi lado un momento. No tiene amiguitas ni la dejo salir con la criada. No cabe tomar más precauciones. ¡Señor! ¡Si hasta tengo guardada la llave del armario de los libros desde el día en que la sorprendí revolviendo esas láminas de Anatomía en que hay cosas tan feas! ¡Si no la permito siquiera leer los folletines del periódico!

El.—Todo eso está muy bien, pero este librito de alguna parte ha venido.

Ella.—No lo puedo comprender. La niña no tiene más libros que los que le ha mandado comprar su profesora. ¿No te acuerdas? Tú mismo te llevaste la lista y los tragiste.

El.—Supongo que no me querrás hacer creer ahora que la maestra haya recomendado á la niña libros de esta especie.

Ella.—¿Como no lo haya traído ese bruto de Bautista! ¿Como la chiquilla no lo haya encontrado huroneando en el cuarto de Basilisa! ¡Están tan corrompidas esas muchachas! ¡Está tan perdido el servicio!

El.—Hay que averiguarlo en seguida, en seguida ¿entiendes? Y hoy mismo pongo de patitas en la calle al que resulte culpable. Todo puede tolerarse menos eso. ¡No faltaba más!

Ella.—Pero ¡Dios mío! ¿qué libro es ese?

El.—(leyendo el título con muestras de profundo asombro) «Catecismo de la doctrina cristiana compuesto por el P. Jerónimo Ripalda, de la Compañía de Jesús.»

Ella.—(con aire triunfal) ¿Lo ves, hombre, lo ves? ¿No te decía yo que nuestra hija no leía nada malo?

ALFREDO CALDERON.

¡23 REALES!

Si; 23 reales piden de jornal los panaderos, oficiales de no sé qué categoría de pala. Y otros, 21, ó 20, ó 19; el que menos, se queda en los 16,

No diré yo que no sea justa la petición, ¡Dios me libre! Y por mí, con tal de que el pan no suba y de que lo amasen bien, ya pueden darles aunque sean 40.

Pero el caso me hace recordar un artículo que publiqué no sé ya dónde ni cuándo, en el cual describía lo siguiente:

Una casa en Chamberí, de dos pisos nada más: en los bajos dos tiendas, á saber: taberna y tahona; en los altos, dos pisos. Vive en el de la derecha un obrero socialista; y en el de la izquierda un señorito.

El tabernero, con ayuda del matute, del Lozoya y de la fuchsina, tiene bien cubierto el riñón. Y á los toros y á las verbenas va con su mujer; bien trajeada y de mantón de Manila y con brillantes, ella: y con reloj de oro, sombrero sevillano fino y buena ropa, él.

El fabricante de pan, como ahora se dice, aunque

no tan majo, es hombre capaz de sustituir al último mozo de la tahona por ahorrarse unos céntimos, y de esa economía propia, y de la tolerancia ajena para con los panecillos faltos de peso, han salido los miles de pesetas y aun de duros que figuran en su cuenta corriente del Banco de España. Y de los que dará cuenta su hijo, mozo allamencado, y holgazan por contera.

En cuanto al socialista, trátase de uno de esos obreros de oficios delicados que rayan con las Bellas Artes, y en los que aquellos que poseen buen gusto y mejores manos, llegan á ganar seis ó siete pesetas de jornal, y más todavía en ocasiones, lo cual les hace á algunos aseñoritarse. Pero éste no es así, sino que á pesar de ser hombre muy leído y aun *escrito*, procura conservar el tipo del proletario barbudo y de blusa, algo de *pose* como dicen los franceses.

Está casado con excelente mujer y es padre de un hijo, buen obrero también, y de dos muchachas, modista de sombreros una de ellas y sastrera la otra. Así es que entre todos reúnen en aquella casa cerca de tres duros diarios, con lo que viven sin abundancia, pero sin privaciones. Nota bene: El hijo del tahonero es novio de una de las chicas—y los padres respectivos ven esas relaciones con buenos ojos, aunque no tan buenos como los de la muchacha, que es... hasta allí.

Queda el señorito, casado con una señorita encenque, y apta, así y todo, para haberle dado en diez años de matrimonio seis nenes y estar dispuesta á proporcionarle algunos más. Hijo de un alto funcionario, fué su vida la de casi todos los jóvenes de la clase media. Se licenció en Derecho, y metióse, ó le metió su papá á empleado, con lo que hubo de creerse en disposición de casarse. Y así lo hizo; y más adelante murió el papá, y tuvo el mozo que ir tirando entre períodos de colocación y de cesantía, y fueron naciéndole retoños, y dejó de bastar el sueldo, cuando lo había, para comprarles zapatos; y vino el tener que buscar sobresueldos, ya copiando pliegos para una notaría, ya llevándole las cuentas á un longista de ultramarinos. Porque el pobre hombre tampoco servía para más.

Y así vivía en aquella casa, arrastrando esa existencia difícil en que nunca llega la sábana á cubrir los pies, sin valor para resistir á las decisiones de una sociedad que le obliga á vivir á lo caballero: esto es, á llevar chistera y levita y, hacer bachilleres á sus hijos y señoritas caseras á sus hijas, y á privarse de lo necesario para invertirlo en lo superfluo. Es decir, que entre todos los vecinos de la casa de Chamberí era él que lo pasaba peor.

Pues bien, el socialista y el tahonero y el panificador, alternaban entre sí, y aun el primero pretendía convertir á sus ideas á los segundos, no hallándose lejos de conseguirlo. Sin que se le ocurriese pensar que había allí dos verdaderos *extrujadores* del proletario, á quien robaban, dándole el uno agua y campeche en lugar de vino, y el pan con 200 gramos de menos por kilo, su colega.

Pero vestían de blusa ó chaquetón; no eran *burgueses*!—como el señorito del principal, que les merecía además los dictados de *lipendi*, *silbante*, *cur-si* y etcétera, etcétera, el cual no tenía derecho á alzar la voz entre aquella gente, y á quien el socialista, que á veces se dignaba discutir con él, decía siempre en tono de superioridad:—Sí; porque ustedes los *burgueses*...—Porque cuando nosotros veníamos á ustedes, los de la *burguesía*...—Usted, como *burgués*, no comprende...—Y así á este tenor...

Mi objeto, al pintar el cuadro, era sencillamente hacer ver que la lucha social, al menos en España, no es tanto entre el capital y el trabajo como entre la blusa y la levita...; así el capital se cubra con la primera, y el trabajo más penoso pese sobre la segunda.

Ahora, al ver que hay panaderos que ganan veintitres reales, se me ocurre decir. ¿Por qué no se declaran en huelga todos los *burgueses* que con esos veintitres reales se considerarían dichosos?

Verdad es, que según los socialistas, los panaderos trabajan y esos *burgueses* no.

Pues aquéllos razonan como el criado gandul del cuento.

A quien su amo, escritor laboriosísimo, reprendió por su holgazanería, diciéndole:

—¡Pero hombre; toma ejemplo de mí, que me paso todo el día trabajando, desde la seis de la mañana á las doce de la noche.

—Es que usted trabaja sentado—le replicó el doméstico.

JUAN LAPOULIDE.

DE FOTOGRAFIA

Como hay empeño en pintarnos ahora un don Carlos que nunca existió, deber nuestro es exhibirlo tal

cual siempre fué; y para que no se nos tache de parciales, seguiremos copiando lo que de él dijeron los suyos ó la prensa extranjera bien informada.

He aquí lo que escribió en Marzo de 1875 á *Le Soir*, periódico de París, su corresponsal en Navarra:

«Don Carlos se levanta á las doce. Después almuerza, habla, recibe, y sobre todo se asoma al balcón con frecuencia hasta la hora de paseo.

Su placer favorito es fatigar á sus ayudantes, obligándoles á galopar cinco ó seis horas y reventar caballos en estas vertiginosas expediciones.

Sólo desde que tiene á Mogrovejo á su lado habla algo de la guerra y lee las comunicaciones que le envía de Madrid, desde hace poco, un grupo de disgustados, asociados á unos cuantos ultramontanos recalcitrantes.

Apenas despacha con sus ministros sino lo más urgente, preocupado como está siempre con escribirse los reclamos que le dedica el *Cuartel Real*.

Al volver de paseo se sienta á comer con sus ayudantes, y la comida es animada y alegre. Allí se habla, se murmura, se cuentan cuentos de todos colores, se hacen equívocos y se come y se bebe bien.

La sobremesa dura mucho; se pasa después al salón, y á las doce, la una y á veces á las dos de la madrugada, van desfilando los palaciegos. Entonces es cuando el rey y su ministro del Interior se quedan solos con los servidores más próximos á la real persona y acaban la noche más alegre aún.

S. M. se acuesta á las tres ó las cuatro, y al otro día vuelta á empezar.»

Por esto, por saber que hacía esta vida, y no verle nunca en los puestos de peligro; por sus mamarrachadas, su falta de seriedad y su ignorancia en todo, los carlistas que se batían, no los perdidos que le hacían la corte y le servían de tapadera de sus vicios, llegaron á cantarle la copla siguiente:

Un burro y una gallina
durmieron una vez juntos,
y al cabo de nueve meses
vino don Carlos al mundo.

¡Y que nos quieran presentar ahora como al salvador de España á un tipejo á quien los suyos juzgaban de esa manera, y con harta razón!

Sería cosa de reírse, si lo que preparan no hubiera de costar sangre.

A CADA CUAL LO SUYO

Donde quiera que veo un hombre ó un periódico que por decir la verdad se cierra una puerta, al punto le abro las de mis simpatías. Impórtame poco que defienda otra causa que la que yo defiendo; ¡hay tantos en la mía que no se cierran ninguna! Veo y admiro el hecho; no tengo en cuenta quién lo realiza.

Desde hace algún tiempo, mucho, antes de morir Cánovas, el primer periódico que desdoble por las mañanas (ahora por las tardes) es *El Nacional*. Monárquico, conservador, lo que ustedes quieran; pero valiente, claro, bien escrito...

Ha poco se ha declarado independiente: un pleonismo, por que ya lo era; pero fiel á la memoria del que fué su jefe, arremete brioso contra los que él despreciaba, los silvelistas, y más aun contra los que protegió, los Azcárragas, los Pidal, los Cos Gayón, ingrátuelos de baja estofa que se han unido á aquéllos.

El martes tiró de la manta en la cuestión de los ascensos militares en Filipinas, que por casualidad han recaído en personas que llevan estos apellidos: Polavieja, Martínez Campos, Dabán, Borrero... ¡Hermoso artículo! Cortado lo tenía para reproducirlo, pero lo han denunciado. Lo siento, más que por *El Nacional*, por mis lectores.

En suma: que me entusiasma la campaña de *El Nacional*: pudiendo medrar al lado de los de arriba, se pone enfrente de ellos.

Como sé lo que es esto, y lo que cuesta, y lo que vale por lo tanto, seguirá siendo *El Nacional* el primer periódico que desdoble diariamente.

CASO DE CONCIENCIA

Desde las tres de la tarde del viernes 29 del pasado estoy lleno de remordimientos. Y todo por una acción que conceptué buena en el momento de realizarla.

Iba por la calle de San Bernardo, y al llegar á una de las esquinas que hace ángulo con la de San Vicente, un cura resbala y cae á mi lado. Le agarro, lo levanto, me da las gracias y prosigo mi camino.

Pero ¡ay! á los pocos pasos una idea brota en mi cerebro. Al levantar de la tierra el cuerpo de aquel sacerdote ¿habré sepultado para siempre su alma en el infierno? ¿Debía yo, por tantos obispos excomulgados, haber tendido mi mano pecadora al caído? ¿Podía yo tocar al hombre aquél á cuyas manos bajaba Cristo diariamente?

Retrocedí con el propósito de decirle quién era, para que tomase sus precauciones ó aplicase á su desventura espiritual los consuelos que fueran del caso, y nada, no lo ví; probablemente habría entrado en alguna casa próxima ó tomado el tranvía. Pregunté, miré... Todo en vano. El presbítero no pareció. Y me retiré á la redacción preocupado, triste, con remordimientos, como dije al comenzar; siendo lo peor que, en lugar de disminuir, aumentan.

Claro es que de esto tiene la culpa mi ignorancia. ¡Sé tan poco de teología! ¿Poco he dicho? Me adulo: no sé nada. Si supiera, quizás me hallara tranquilo. ¡He visto disculpadas y aun justificadas por los que la saben tantas cosas que yo conceptuaba horribles! El robo, el asesinato en sus múltiples manifestaciones, la violación, la sodomía...

Pero, en fin, no se trata de esto ahora, si no de lo que me pasa. Y lo que me pasa es que ni como, ni duermo, ni vivo, ni sosiego, pensando en que puedo haber sido causa de la condenación eterna de ese buen sacerdote; pues aun cuando no sé teología, entiendo que el creyente no puede tener contacto alguno con el excomulgado; y como yo ¡ay! lo estoy... ¡Y tantas veces!...

Si lo hubiese encontrado cuando lo busqué, le habría dicho quién era yo, y allá él que obrara como le acomodase; probablemente me habría denostado y maldecido, creyendo que Satanás me había inspirado la idea de alzarle del suelo, y no Cristo, el que aplaudió el levantamiento del samaritano ó de su mula, que de esto no estoy seguro, en el camino de no sé dónde... Mas como no lo encontré, deberé míos es procurar que llegue á sus oídos el terrible peligro en que su salvación se encuentra.

Y el caso es que no me acuerdo bien de las señas del cura; cumplí instintivamente la máxima de «haz bien y no mires á quien». Únicamente recuerdo que no estaba tan gordo como suelen estar los de su clase. Por esto no me he echado por esas calles de Dios á preguntar á todo el que encontrara: «¿es usted el señor cura que el viernes 29 del pasado se dió un gran batacazo en la calle de San Bernardo esquina á la de San Vicente?»; cosa además muy expuesta, por que podían tomarlo á broma, y hay algunos que tienen un humor de todos los diablos. Además hubiera sido el cuento de nunea acabar. ¡Apenas hay clérigos en Madrid! No ya por parejas, por docenas se les ve cruzar las calles.

Alguien ha dicho que hay que desconfiar siempre del primer movimiento, porque es el bueno. Tal vez; pero esto no reza sin duda con los que estamos excomulgados. Por ceder á él, me veo como me veo. Yo levanté al presbítero sabiendo quién era; él, más reflexivo, me habría dejado en el suelo si caigo, sabiendo quién era yo. Cedió al primer movimiento, y, no obstante, me reconozco culpable de una mala acción. Mal parado queda aquí el aforismo.

Pensando en esto, me vuelvo tarumba. Así sale de inconexo este artículo.

¡Ah! ¡qué caída aquella tan terrible para el alma del desdichado presbítero, peor mil veces que para su cuerpo, y eso que fué de primer orden! ¡Y qué oportunidad tan deplorable la mía al emparejar con él! Otro cualquiera, un buen católico, por ejemplo, habría hecho al levantarle méritos para el cielo; yo hundí á

aquella infeliz alma en el abismo. ¡Lo que cambian de aspecto las acciones humanas, según quién las ejecuta!

¿Y cómo remediar esto, cielo santo? ¿Qué hago yo para reparar el mal? ¡Maldita, maldita la hora en que pasé el día 29 de Octubre por la calle de San Bernardo!...

¡Pobre presbítero! ¡cómo se verá desde aquella tarde! Estará soliviantado sin saber por qué; triste, sin alcanzársele la causa; acaso no coma bien, y si come, no digiera; tal vez se le ocurran ideas pecaminosas, deseos de excederse en la bebida, de arremeter contra una hija de confesión, de cantar coplas indecentes, de irse de jnurga, de matar liberales; en suma, todo aquello que nunca pasa por la plácida imaginación de un presbítero.

Rezaría aquella noche sus santas oraciones, y le asaltarían dudas burlescas sobre el texto; celebraría la misa el sábado y ¡horror causa decirlo! pensaría en algo de lo que yo pienso al pensar en ella... Y encontrará desde entonces más bonita que antes á su ama, con todas sus naturales y legítimas consecuencias; en fin, que su beatitud seráfica habrá sido sustituida por inquietud diabólica; su tranquilidad celeste por desasosiego terreno... ¡Y pensar que soy yo, yo el excomulgado, yo el protervo, el causante de todo, por no haber tenido suficiente fortaleza para resistir á la tentación de levantar á un cura espantado en la vía pública!

¡Ah misero de mí, ay infelice!

Me creía más fuerte contra estas cosas. ¡Ah! ¡De qué materia tan deleznable está formado el hombre! Bien dicen los ministros del Señor: todo es barro, miseria, podredumbre... ¡Yo, que tanto he trabajado por merecer el infierno, que me complace el tener ya en él asegurada una placita, yo preocupado, desasossegado, loco, ante el temor de que pueda ir á él un presbítero por culpa mía, aunque involuntaria! El mismo demonio que entienda esto.

Por ver si le evito al misero el percance, he decidido hacer público el infausto suceso en *EL MOTIN*, ya que en las sacristías tiene sus más asiduos lectores. Sé que el conducto no es muy ortodoxo, pero ¿qué remedio? ante la salvación de un alma, nadie extrañará que yo prescindiera de ciertos escrúpulos; aparte que, como en casi todas las acciones humanas, hay en esta mía algo de egoísmo. No quiero añadir á los tormentos que me esperan en el infierno, el de ver á ese desdichado presbítero á mi lado, echándome en cara, y con razón, el haberle privado de su parte de paraíso. Y aun cuando fuese prudente y nada me dijera, yo no podría olvidar que por mí sufría todas aquellas penas; y siempre que le oyera gritar al echarlo en la caldera del aceite hirviendo, ó quejarse al pellizcarlo con las tenazas enrojadas, ó llorar al arrojarle en la cama de alfileres, mi dolor se duplicaría; y como allí cada palo aguanta su vela y no hay medio de aliviar al vecino echándose uno su carga encima, nada podría hacer en favor suyo... ¡Oh! esto sería horroroso. Y si la pena me mataba por esto, ¿cómo iba yo á cumplir mi condena por los siglos de los siglos?

¡Oh sacerdotes justos á cuyas manos vaya á parar el número este! Vosotros que todo lo sabéis, hasta que las almas salen del purgatorio por dinero, hasta que es grato al Dios de bondad el exterminio de los herejes, decidme, ¡por el ama que más hayáis querido!, dónde se oculta ese colega vuestro; y si, por no tener ni ese contacto conmigo dejáis de contestarme, servíos enviarle un número para que se entere del gravísimo peligro en que está su alma, y corra á que lo rocíen de agua bendita, ó lo fumiguen, si esto fuere más eficaz.

De este modo salvaréis á un correligionario que acaso esté destinado por la Providencia á echarse al campo á matar los liberales que santamente pueda, al par que ahuyentaréis de la vidriosa conciencia mía las sombras que la cubren, desde que me he dedicado á levantar clérigos de las aceras. — J. N.

EL CARLISMO EN EL EXTRANJERO

El corresponsal alemán que tiene en Madrid la *Gaceta de Colonia*, escribe á este periódico:

«Que los carlistas sólo buscan una ocasión propicia para dar el golpe; que se creen los restauradores no sólo de España, sino del mundo entero (*quijotismo carlista*). Todo lo esperan de la conducta del gobierno, según han convenido en Lucerna don Carlos y el marqués de Cerralbo. Se organizan bajo mano y tienen—según el corresponsal—un punto de apoyo en los conventos, que, como espesa red, se han extendido por todo el país, erigidos como para depósitos de armas (Watenlager) y oficinas de reclutamiento (Werbebourán). A pretexto de las peregrinaciones (Wallfahrten) se han reunido allí los partidarios y se abren suscripciones para subvenir á las necesidades, al mismo tiempo que se da el santo y seña: «por María triunfar ó morir». Dice que en Játiva, jóvenes reclutas de 12 á 15 años, destinados al futuro *requeté*, reciben instrucción militar con la práctica de diarios ejercicios, no teniendo en cuenta para nava los nobles consejos y exhortaciones del Papa. Extiéndese el corresponsal en otras muchas consideraciones, y acaba diciendo, que el partido carlista sin el clero nada podría, pero que, contando con el clero, puede mucho.»

Podrá mucho, si el pueblo al sonar el primer tiro no se arroja sobre los conventos y obra de manera que lo del 34 y 35 resulte una niñería, llevándose á la vez por delante á todos los integristas, mestizos y demás canalla jesuítica. Que todo pudiera ser.

SUSCRIPCIÓN PARA PUBLICAR
LOS FOLLETOS *Los Crímenes del Carlismo*.

Madrid.—Eduardo Carrillo. Soy cajista, trabajo en <i>El Liberal</i> y le mando mi grano de arena.....	3
Idem.—Un cabo de cazadores.....	50
Irún.—E. M. Para folletos.....	48
Segovia.—José Rodríguez. Para idem....	5
Alberique.—Constantino Caudel. Dos años de suscripción.....	12
Elizondo.—Gregorio Lugea. Para folletos.....	27
Valdepeñas.—Miguel A. Cabezas. Para un año de suscripción, dos colecciones, y el resto para publicar los folletos de los crímenes de las honradas masas, que dijo Pidal.....	25
Reus.—No quiero el reembolso si no en caso de abundancia de dinero.....	25
Minaya.—Antonio Esteso. Un año de suscripción y folletos.....	20
Vegas del Condado.—Primitivo Valbuena. Para idem id.....	9
Grove.—Cándido Barral. Dos años de suscripción y folletos.....	20
San Feliu de Codinas.—José Puigdomenech. Deploro no poder hacer más en ayuda de obra tan importante para la libertad.	15
Santa Cruz de Mudela.—Francisco Bravo Valverde. Para folletos.....	1
Santa Cruz.—Recaudado por varios amigos del círculo republicano.....	6
Coria.—Manuel María Marín. Para folletos.....	5
Mieres.—Uno que no quiere que figure su nombre.....	5
En el número 40 se puso por equivocación que nuestro amigo don José Secarrant nos mandaba 15 pesetas desde Sabadell. Debimos poner desde Grannollers, que es donde vive.	

(Se continuará.)

COSILLAS

Indigno ataque de *La Reconquista* al ejército español en 1873:

«¡Basta ya por el cielo santo de enseñar las espaldas! Nuestros amigos del Norte arden en deseos de saber de qué color tienen el rostro los soldados de la República.

Nosotros pedimos que se dé el mando del ejército á un general que dé ese gusto á nuestros amigos, sea conservador ó federal, benévolo ó intransigente. He aquí la única condición que le exigimos: que no vistan faldas.»

¿Faldas? En el Norte no había más faldas que las de las prostitutas que honraban á don Carlos, y las de los curas como aquel Santa Cruz, asesino y ladrón, y aquel Manterola distrayendo, ó más bien escapán-

dose con los fondos confiados á su custodia, en unión de la señora con quien públicamente vivía.

Los militares deben leer esas líneas, para enterarse del concepto en que siempre los ha tenido el carlismo; es para ellos deber de honra, tanto como cuestión de vergüenza.

Hablando *El País* de los carlistas, y de la tolerancia y pasividad del gobierno ante sus trabajos, dice:

«Y sabiendo que no hay un solo absolutista que no desempeñe un puesto en la conspiración que se madura ¿por qué se ha consentido que las cosas llegaran á este extremo? ¿por qué no se han disuelto esas juntas que son planas mayores de regimientos y batallones? ¿por qué no se ha fusilado á esos prohombres que dan de modo casi público nombramientos de oficiales que parece firmar como secretario de la Guerra ese Llorens que inventa fusiles y pronuncia discursos?»

Cien hombres han purgado durante más de un año en los calabozos de Monjuich el delito de ser inocentes. Para ellos han sido palabras huera los textos y las garantías constitucionales.

En cambio se guarda toda clase de consideraciones para esos Mella, Llorens, Zubizarreta, Casasola y Ortiz de Zárate, que organizan á la faz del gobierno una guerra civil.»

Hombre, eso del fusilamiento me parece un poco fuerte, y quizás opinen como yo los interesados.

Sin embargo, yo no diría esta boca es mía, si los fusilaran nada más que interinamente.

Todo se puede conciliar.

Los carlistas, y algunos que bien pudieran resultar mañana que lo son, aunque hoy lo oculten, niegan que tengan preparado movimiento alguno.

No hay que fiarse de esas negativas. Había ya muchas partidas en el campo en Abril de 1872, y la *Esperanza* negaba que fuesen de carlistas, y *La Reconquista* decía:

«El gobierno tiene noticias oficiales de que en Gerona ha estallado un movimiento carlista.

Nosotros no damos crédito á esas noticias, por muy oficiales que sean, y sin vacilar añadimos, que si es cierto el movimiento, *ninguna autoridad* del partido carlista lo ha ordenado.»

Y decía esto sabiendo que lo había ordenado don Carlos.

No olvidemos esto, y comencemos á desconfiar de todo el hombre civil y militar que niegue lo que todos vemos, lo que es cierto, lo que algunos carlistas mas entusiastas que los demás ó menos precavidos, reconocen y confiesan.

Aseguran los carlistas que están á su favor los hombres de negocios, la alta Banca, los capitalistas en todos sus múltiples y variados matices. Mienten del mismo modo que cuando afirman que cuentan con el ejército.

Se necesitaría que fuesen todos unos estúpidos (y no lo son cuando de sus intereses se trata) para no comprender que el triunfo del carlismo traería aparejado el reconocimiento de la deuda carlista, como mil veces han dicho; y si con la nacional es imposible ya vivir, ¿qué iba á ser de España el día que cargase con la de la guerra pasada y la de la anterior?

Y como ya en ese camino no habían de detenerse, ni aún queriéndolo podrían, inmediatamente después del reconocimiento de la deuda carlista vendría la anulación de las ventas de bienes nacionales, para que el clero entrase en posesión de los bienes que con perfecto derecho se le vendieron.

Fíjense los hombres de negocios en esto:

Una de las primeras cosas que harían los carlistas, según dijo en Marzo de 1873 el corresponsal que *El Times* tenía en Estella, por habérselo oído al propio don Carlos, sería no reconocer ninguna clase de deuda de las contraídas por los gobiernos españoles desde que se inició el movimiento carlista del 69.

Conque á despavilarse.

Uno de los medios de que se valen los carlistas para reclutar gente en los distritos rurales, es decir que devolverán sus bienes á los pueblos; ellos, á quienes los vascongados tuvieron que poner á raya para que no se comiesen hasta las piedras; ellos, que hacen del robo una profesión y del saqueo una religión.

Convendría que la prensa liberal no contagiada del virus carlista, tocase con detención este punto.

Los republicanos de la Rioja y de las provincias limítrofes deben vivir prevenidos contra un pájaro de cuenta que, diciéndose republicano, y atribuyéndose unas veces cargos oficiales que no tiene en el partido, y fingiéndose otras fundador de un periódico, anda explotando la buena fe de los correligionarios, y lo que es peor, robando á los que, creyendo sus imposturas, le dan hospitalidad.

Así ha sucedido en Gallarta, donde se presentó con el nombre de Emilio López y como vicesecretario de no se sabe qué junta de fusión republicana, haciendo víctima de un robo de alhajas á cierta persona á quien iba recomendado, como antes había hecho á otras de Bilbao, donde se llamaba Pablo Ginés López y se decía fundador del periódico *La Rioja Ilustrada*.

Mucho ojo; no vayan á ser víctimas los republicanos navarros, vascongados y riojanos de algún carlista que no se atreva aun á salir al campo con el trabuco.

Dos republicanos menos: Ramón Lagier, el famoso capitán del *Buenaventura*, y Francisco Ravetllat, garante de *La Publicidad* de Barcelona y exconcejal.

Entusiastas, probados y habiendo hecho por la causa muchos sacrificios, ambos han desaparecido sin ver implantada la República.

Reciban sus familias nuestro pésame.

El Progreso se llama el nuevo periódico republicano progresista que ha comenzado á publicarse defendiendo los principios y procedimientos sustentados por el señor Ruiz Zorrilla, bajo la jefatura del doctor Esquerdo. Lo dirige Alejandro Lerroux y forman la redacción periodistas distinguidos.

Buena suerte y poco tiempo en la oposición.

LOS CRIMENES
DEL CARLISMO

Se ha comenzado á mandar á provincias los folletos 22 y 23.

Folleto 22.

ZUMALACÁRREGUI ASESINO.—UN DIGNO ÉMULO SUYO.—DEGUELLO DE PRISIONEROS EN CAMARASA.—UN JEFE CARLISTA HORRORIZADO.—28 LIBERALES ASESINADOS EN ZURITA.—ROBOS ENTRE ELLOS.—DOS CURAS Á CUAL PEOR.—HORRIBLES MARTIRIOS DE LOS PRISIONEROS DE LA ACCIÓN DE HERERA.—LO CÓMICO EN LO CRUEL.—ARISTOCRACIA CARLISTA.—GENTES DE LEVA.

Folleto 23.

LA TRADICIÓN CARLISTA.—TÁCTICA DEL ABSOLUTISMO.—EL PIADOSO DON CARLOS.—BANDIDOS PIADOSOS.—VILLANÍA CARLISTA.—NOBLEZA LIBERAL.—VARIOS CRIMENES.—UN VÁNDALO DEL SIGLO XIX.—INCENDIARIOS.—ENTRE ELLOS.—COBARDAS Y TRAIDORES.—OPINIÓN AUTORIZADA.—AUPTOSIA DEL CARLISMO POR LOS MISMOS CARLISTAS.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

CIENCIA Y RELIGIÓN

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.